

Iconoclasistas. Manual de mapeo colectivo. Recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de creación colaborativa. Buenos Aires: Tinta Limón, 2013. 82 pp.

Desde aquél momento legendario en el que los marineros de Colón gritaron “tierra” hasta nuestros días, el territorio latinoamericano no ha dejado de ser objeto de violentas disputas. No obstante, por materiales que sean – pensemos aquí en las luchas por el reconocimiento de los derechos de los pueblos originarios o las movilizaciones populares en contra de la megaminería- esas disputas en torno a la posesión y usufructo de los recursos territoriales tienen uno de sus más activos frentes de batalla en la representación cartográfica.

El tema no es nuevo: ya en *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (1983) Benedict Anderson describía en detalle los distintos dispositivos por medio del cual las metrópolis organizaron la administración de sus colonias, señalando como los más importantes al censo –que no sólo clasificaba a los sujetos sino que además los hacía existir según esa clasificación- al museo – institución que transformaba en naturaleza lo que era producto de la historia- y una tercera herramienta: el mapa. Se podría, en este punto, emprender una lectura de este clásico del historiador irlandés en paralelo a *La ciudad letrada* (1984) de Ángel Rama: pese a la diferencia de sus proyectos intelectuales, ambos coincidían en señalar que, lejos de “reproducir” objetivamente el territorio, el mapa debe ser entendido como el resultado de un modo específico de representar el espacio, construido según los procedimientos establecidos por un modelo que respondía a las necesidades de ordenamiento, explotación y control de los imperios. Un modelo que prescribía, en síntesis, la manera de mapear.

Mapear, entonces, como intervención que no puede pensarse por separado de las otras piezas del aparato de producción de imágenes de comunidad, en conjunto con las cuales el mapeo produce no sólo sus efectos específicos de delimitación y representación del territorio, sino que también condiciona la visibilización o invisibilización de los sujetos que lo habitan, así como el ocultamiento o develamiento de los procesos históricos. Mapear, en síntesis, como una de las acciones que están en la base de la construcción de relatos en torno a lo común, usada hasta el cansancio por el Estado y sus ministerios de defensa, de economía, de asuntos internos.

Este es el punto de partida del *Manual de mapeo colectivo* del grupo Iconoclasistas, sólo que aquí el mapeo es una herramienta de lucha desde abajo y el manual es una vía para la socialización de los medios de producción del espacio –que es también, como vemos, producción de otra subjetividad y de otra historia–poniendo a disposición de aquellos movimientos que lo necesiten los recursos cartográficos necesarios para “el abordaje y la problematización de los territorios sociales”. Iconoclasistas es un dúo formado por los argentinos Julia Risler, docente e investigadora de la Universidad Nacional de Buenos Aires, y Pablo Ares, diseñador gráfico, que desde principios de los 2000 ha conjugado activismo político y experimentación artística con técnicas y soportes visuales de muy diversa índole, desde el stencil hasta la historieta, desde el poster hasta un plataforma web con pictogramas listos para bajar e imprimir. A lo largo de esa búsqueda han ido creando una serie de símbolos, de íconos, en fin, han ido creando un lenguaje que cualquiera puede usar y que permite comunicar de manera sencilla y clara no sólo datos técnicos y especializados, sino también saberes prácticos, afectos y deseos de justicia, de igualdad, de reconocimiento. Así, provistos con ese lenguaje común como punto de partida, Iconoclasistas trabaja junto a organizaciones y

movimientos sociales en la coordinación de talleres de mapeo comunitario. Un taller de mapeo, explica el *Manual*, es una intervención colectiva sobre los mapas catastrales oficiales, es una deconstrucción y re-trazado de los mismos realizada a partir de la conexión de mundos heterogéneos y la creación de sinergias entre actores diversos-vecinos, activistas, académicos, estudiantes, artistas, quienes desde posiciones y trayectorias muy distintas hacen posible la emergencia de *otra cosa*. Siguiendo las “Once tesis para cartógrafos ocasionales” que consigna el texto, diríamos que esa otra cosa que emerge en estas experiencias cartográficas comunitarias es otro régimen de visibilidad: “mapear significa articular una inteligencia colectiva capaz de vincular signos que de otra manera no aparecen relacionados”. Así, el mapeo activa la formulación de preguntas que no habían sido planteadas hasta entonces, y permite reconfigurar las premisas desde las cuales se construyen los argumentos –de aquí que no sea tan importante el resultado como el proceso mismo–.

Como práctica política el mapeo no puede dissociarse de un trabajo crítico-reflexivo acerca de la propia situación de los implicados: desalojo por gentrificación de los barrios populares, situación habitacional de los inmigrantes, impacto ambiental de los agronegocios, despojo del patrimonio y la memoria cultural, derechos sexuales. Un ejemplo: la cartografía del territorio que los talleristas bautizaron como “La república de los cirujas”, uno de los mayores basurales que existen en la provincia de Buenos Aires, más precisamente en el partido de José León Suárez, en donde sus cerca de 100.000 habitantes le ganan a los terrenos rellenos abriendo calles, levantando chapas, armando allí una vida a partir del cirujeo en las montañas de desperdicios. Ese mapa del basural, fruto del trabajo colaborativo entre los pobladores del lugar, investigadores universitarios e iconoclastas, saca a la luz la precariedad de una existencia signada por la pobreza, la contaminación y las enfermedades, la falta de agua, la segregación y el acoso policial constante, pero también muestra la historia de la organización comunitaria de los habitantes, el valor social de la recuperación de residuos que llevan a cabo los trabajadores de las nueve plantas de gestión popular de reciclado, saca cuentas del tiempo que ese trabajo insume, exige justicia por la muerte bajo una montaña de basura del joven ciruja Diego Duarte, en manos de la policía. Provoca, en fin, un *desacuerdo* –el término es de Ranciére– con las imágenes de Google maps, que no tendrán olor, pero tampoco historia ni sujetos.

Este *Manual*, dice al principio, debe leerse en el doble sentido de la palabra: por un lado, destacando su intención didáctica, ya que es un texto que “enseña lo esencial sobre un tema”; por otro, alude a “lo que se hace con las manos”. Con respecto a la primera acepción, el libro ofrece en sus primeras páginas algunas “definiciones y certezas” acerca del mapeo, sus objetivos, sus posibilidades y sus límites. En cuanto a la segunda, el manual recoge experiencias concretas de los talleres realizados a partir de la demanda de organizaciones diversas, y pone a mano, hace circular de mano en mano esos aprendizajes, listos para ser actualizados y reapropiados en otros contextos. Este manual, valiosa contribución para aquellos que buscan desdibujar las fronteras del mapa académico y adentrarse en los territorios marcados por conflictos concretos, puede bajarse de la web libremente.

Laura Maccioni
Universidad Nacional de Córdoba